

# ***CREEPY***

## ***Escalofrío***

YUTAKA MAEKAWA

Traducción del japonés:  
Ismael Funes Aguilera

  
QUATERNI

**creepy**

/'kri:pi/

escalofriante, adj.

Del ant. part. act. de escalofriar.

1. adj. Pavoroso, terrible.

*Oxford Spanish Dictionary*

<https://es.oxforddictionaries.com>

*Diccionario de la lengua española | Edición del Tricentenario*

<http://dle.rae.es>

## **Capítulo 1:** **EL VECINO**

### I.

Caminaba por la típica calle residencial del barrio de Suginami<sup>1</sup>, en la parte noroeste de Tōkyō, con casas bajas a un lado y al otro. Estaba completamente oscuro, pero reinaba la tranquilidad. Ya llevaba diez minutos andando desde la estación. Pasé al lado de la misma iglesia de siempre; las luces de la entrada iluminaban el cartel que anunciaba el sermón del domingo siguiente: «Las verdades del Evangelio según Mateo».

Tras la iglesia, durante unos 200 metros, seguí el camino colina abajo, siempre con casas a ambos lados. Las luces de las entradas y la claridad que se escapaba de los balcones y las ventanas no hacían más que acentuar por contraste la absoluta oscuridad que se extendía delante de mí. Durante todo el rato no me crucé con nadie. No había ni un alma en la calle. Miré el reloj y vi que apenas eran las nueve y media.

Vivo en un vecindario normal de ciudad, no en un pueblo perdido de la montaña, y tampoco era tan tarde. Sin embargo, últimamente siempre me encontraba caminando solo de vuelta a casa. Aquella vez, sin ninguna razón en especial, sentí un

---

1 Pronunciado *Suginami*.

escalofrío. Era como si estuviera vagando por la calle desierta en medio de una pesadilla.

De repente, empecé a oír unos pasos a mis espaldas:

—¡Oiga! ¡Pare un momento, por favor!

Me di la vuelta y el haz de luz de una linterna se dirigió a mi cara brevemente deslumbrándome unos segundos. Se trataba de dos agentes de policía uniformados. El más alto de los dos se dirigió a mí muy educadamente:

—¿Vive usted por aquí cerca?

—Sí, en aquel cruce a la izquierda<sup>2</sup>; en la segunda casa. Me llamo Takakura<sup>3</sup>.

—Señor Takakura, ¿podría enseñarnos lo que lleva en la bolsa? —inquirió el otro agente más educadamente si cabe.

Conociendo el procedimiento policial, deduje que yo debía de haber hecho algo que resultara inusual o sospechoso. Si no, los agentes no habrían actuado así. ¿Caminar solo por una calle residencial cuando todavía no era muy tarde resultaba sospechoso? Seguramente habría pasado algo en el vecindario. En realidad, no tenía nada que ocultar así que abrí mi bolsa de color tostado y dejé que vieran mis pertenencias: el móvil, un diccionario electrónico y dos libros. Los dos policías miraron dentro atentamente pero no hicieron ademán de tomar la bolsa para registrarla.

—¿Ha ocurrido algo?

—Por desgracia, ayer por la noche hubo un intento de violación —respondió el más alto.

No pregunté nada más y me giré para seguir en dirección a mi casa.

—Muchas gracias por su colaboración.

Estaba abriendo la verja de entrada cuando se encendió la luz del porche en la casa de al lado. Inmediatamente salió

---

2 No le puede dar la dirección porque, por lo general, las calles en Japón no tienen nombre y el sistema de numeración de los edificios no es correlativo par-impar como en Europa.

3 En situaciones muy formales los japoneses usan solo el apellido.

Nishino por la puerta principal a recoger el periódico vespertino del buzón.

—Buenas noches.

Nishino alzó la cabeza y me miró con su agradable sonrisa de siempre:

—Ah, buenas noches.

Dio dos o tres pasos en mi dirección. Sus gafas de metal dorado y su pulcro y bien recortado bigotito eran marca inconfundible del cincuentón elegante.

Mi mujer y yo nos habíamos mudado a aquella casa en marzo de aquel mismo año. Poco después hicimos las presentaciones de rigor con los vecinos y en la tarjeta que me pasó recuerdo que su empresa aparecía como *Orient* sin más pistas. No sé por qué, pero me pareció que se trataba de una de esas empresas que trabajan para alguna agencia gubernamental.

En todo aquel tiempo no había visto a la señora de Nishino ni una sola vez; pero sabía que tenían un hijo en bachillerato y una hija en secundaria. Las veces que había hablado con el vecino no le había preguntado por los detalles de su familia.

—¿A usted también le ha parado la policía? —inquirió Nishino casualmente sin perder la sonrisa.

Nos separaba un seto bajo y detrás de él se vislumbraba su coche, un Toyota Platz color salmón. A mi mujer y a mí no nos interesan mucho los coches, pero sabía que se trataba de un modelo un poco antiguo, aunque sin poder especificar cómo de antiguo. Por lo que habíamos visto, Nishino era el único que entraba y salía conduciendo el coche.

—Pues sí.

—A mí me han parado poco antes que a usted.

—Dicen que ha habido un intento de violación.

—Yo le he preguntado a uno de los polis. En la calle esa que baja la loma, un hombre de mediana edad se abalanzó sobre una colegiala de catorce o quince años que volvía de la academia. La tiró de la bici, pero ella se resistió como pudo, dejó la bici y echó a correr. Aparte de las rodillas peladas, ha escapado ilesa, menuda suerte... así que cada vez que pasa un hombre de mediana edad por esa calle lo para la policía. Lo que nos

faltaba..., claro que... usted... no es todavía de mediana edad, ¿verdad?

Nishino teóricamente solo sabía de mí lo que ponía en mi tarjeta: que era profesor de literatura en la Universidad Tōraku. No obstante, en realidad, mi especialidad es la psicología criminológica y hasta he llegado a salir por la televisión, de invitado, para comentar acerca de algún crimen fuera de lo común. Así que, aunque no se puede decir que sea famoso, tampoco soy un completo desconocido.

Tenía 46 años, por tanto, encajaba perfectamente en la categoría de «hombre de mediana edad». Aunque seguramente era más joven que Nishino; me resultaba difícil calcular su edad, pero con dos hijos, en secundaria y bachillerato, seguro que me llevaba algunos años. Cuando hablaba con él, olía a *Vitalis*, un aceite para el pelo que causó furor en los setenta. Eso, sus gafas, su bigote y sus maneras, lo convertían en la imagen ideal del inocuo cincuentón de clase media.

—Qué va —me apresuré a responder—, ya puede usted decir que soy de mediana edad. ¡Como para ir atacando a quinceañeras!

Si hubiese dicho algo así en la universidad seguro que habría oído más de una risita mal disimulada entre las mesas del fondo. Pero mi vecino, por el contrario, dejó escapar una risotada tan fuerte que me quedé descolocado.

## II.

Al día siguiente me dirigí a la universidad. Tenía clase a segunda y tercera hora. La cuarta hora la tenía libre. Después tenía un seminario de psicología criminal. Uno de los privilegios que conllevaba mi trabajo era que rara vez madrugaba. De hecho, podía elegir las horas de clase. Primera y segunda hora, por lo general, se las quedaban los catedráticos de mayor edad, a los que les encantaba madrugar. A mí no me molestaba

en absoluto madrugar, pero la hora punta en Tōkyō es insoponible, tanto en coche como en transporte público. Además, con tanta gente *ensardinada* en el metro no era inusual que pasaran cosas raras. Parecía que todo se iba a solucionar con los vagones exclusivos para mujeres, pero el número de denuncias falsas por tocamientos indebidos no había dejado de crecer últimamente. Así que estaba tremendamente agradecido de no tener que verme expuesto a semejante situación.

Aquel día precisamente pensaba en eso cuando subí al tren; probablemente influido por lo que había pasado el día anterior.

—Señor Takakura, ¿se viene con nosotros después?

Tras terminar el seminario, en uno de los pasillos, Ōwada, el delegado de clase, me llamó por detrás. Se refería a si me uniría a ellos para tomar algo después de clase. En ese seminario solo tenía ocho alumnos, todos de tercero y cuarto, así que había bastante confianza.

La cosa surgió espontáneamente, no es que yo quisiera hacer un grupo de estudio especial. Después de clase, los alumnos quedaban para ir a beber; a veces yo me unía y otras no. Pero si yo iba, les gustaba más. Un profesor tiene que invitar a sus pupilos, de manera que Ōwada siempre me preguntaba si me uniría a ellos. Más por la ayuda económica que por otra cosa.

Negué con la cabeza y Ōwada hizo un gesto de decepción. Si yo no iba, él era la persona con más rango del grupo, con todas las responsabilidades que ello conllevaba (incluido pagar):

—Hoy no va a poder ser. Tengo que entregar un artículo.

La realidad es que aquella tarde había quedado en mi despacho con Kageyama<sup>4</sup> Rinko, alumna del mismo seminario. Me encargaba de dirigir su tesis. Además, tenía que entregar un artículo para la revista de la facultad, así que había sido solo una mentira a medias. Llevaba con el artículo varios días, desde que volvía a casa hasta altas horas de la madrugada.

---

4 Pronunciado *Kagueyama*. En esta obra seguimos la convención japonesa de presentar a las personas por apellido más nombre.

De todos los estudiantes del seminario, Rinko era la más motivada. Nos reuníamos dos veces al mes. En marzo iba a presentar su proyecto. Tengo que decir que no era el típico trabajo de cortar y pegar, para entregar y cumplir. Rinko se lo había tomado muy en serio y yo hacía lo propio en nuestras reuniones.

El problema radicaba en que Rinko era muy guapa y alguna vez, después de hablar del proyecto, quedaba con ella para cenar los dos solos. No negaré que me preocupaba que se descubriera ese secreto. Me sentía culpable por irme a cenar a escondidas con Rinko a espaldas de Ōwada y el resto de estudiantes.

Las quedadas que organizaba Ōwada eran bastante erráticas; rara vez iban las mismas personas. Todos andaban muy ocupados entre proyectos de final de carrera, encontrar trabajo, etc. Al final, creo que el único que iba a todos era Ōwada, que estaba en el mismo curso que Rinko. A pesar de que el curso acababa en marzo<sup>5</sup>, estábamos en octubre y él no había siquiera empezado a plantearse buscar trabajo. De la misma manera, el proyecto final se lo había tomado con mucha calma. También se lo llevaba yo pero casi nunca lo veía por mi despacho. Ōwada tenía un carácter muy jovial, pero se rumoreaba que lo de buscar trabajo le traía sin cuidado porque venía de una familia rica.

Rinko y yo estuvimos hablando de su proyecto unas dos horas. Le pregunté si quería que fuéramos a beber con Ōwada o si prefería ir ella sola. Si cenábamos algo rápido nos daba tiempo, aunque acabaríamos tarde y los dos teníamos cosas que hacer.

—Yo prefiero cenar contigo —respondió Rinko sin titubear—. Si salgo con ellos no sé a qué hora volveré a casa.

Así que, a eso de las nueve, fuimos a cenar al café italiano de un hotel en el barrio de Shibuya. Ōwada debía de estar con los otros estudiantes en un bar de Shinjuku.

---

5 El año académico en Japón va de abril a marzo.



Aunque en el rótulo pusiera que era un café, se trataba más de un restaurante de gama alta, situado en la planta baja de un afamado hotel. Me dio la sensación de que no se trataba de un lugar muy frecuentado por estudiantes lo cual me tranquilizó bastante. En verdad, había elegido Shibuya para minimizar la posibilidad de encontrarnos por casualidad con el grupo de estudiantes.

Llegamos a la mesa y nos sentamos uno frente al otro, cosa que me dio la oportunidad de observar atentamente a Rinko. Aquel día se había puesto una camisa de color rosa pálido, sobre ella una rebeca blanca y unas mallas cortas de color beige acompañadas de medias negras. Era un estilo que se llevaba mucho entre las universitarias por aquel entonces. Las hacía parecer más maduras a la vez que femeninas. A Rinko la hacía más delgada y esbelta, cosa que combinaba de maravilla con una cara de rasgos finos, con una nariz recta y alta que le confería un aire noble.

Hicimos un brindis con nuestras copas llenas de vino blanco. Hacía dos semanas que Rinko había recibido una oferta de una destacada empresa de alimentación. Ella no solía tomar alcohol pero aquella noche, para celebrar su nueva situación, había decidido hacer una excepción y aceptar una copa de vino. La podía haber felicitado en clase, pero no tenía por costumbre comentar las ofertas de empleo delante de otros estudiantes que no habían recibido ni una sola respuesta de las empresas. Me parecía que se lo podrían tomar como un desprecio hacia ellos.

—Felicidades por el trabajo.

—Muchas gracias. La verdad es que hubiese preferido entrar en otra empresa...

Rinko se mostraba prudente y educada como de costumbre. Bastante más que el resto de chicas de su edad. Seguro que con sus amigos o su novio no hablaría así, pero me resultaba difícil imaginármela hablando de otra manera.

—¿A cuántas empresas has enviado tu *curriculum*?

—Pues no lo recuerdo... creo que a más de treinta. Pero solo he pasado el proceso de selección de esta.

—Sí, la cosa está fatal hoy en día...

—Y puedo estar contenta de que me hayan cogido en esta. Porque sé de muchos que nada de nada.

Con la crisis encontrar un trabajo para los recién licenciados era casi misión imposible. Me sentí muy aliviado de que Rinko hubiera tenido suerte. Naturalmente, era mi responsabilidad para con todos mis alumnos del seminario, pero con Rinko me sentí bien de una manera algo diferente.

—Antes era una práctica muy común que las empresas reclutaran a los alumnos más brillantes antes incluso de que acabaran los estudios. Claro que en aquella época, si entrabas en la universidad estaba casi cantado que ibas a licenciarte. Ahora creo que ya no es así...

—Bueno, esto añade presión, porque tengo que acabar el proyecto y licenciarme.

Rinko alzó el tenedor y le hincó el diente a la carísima pasta con langosta que yo había pedido. Cuando nos sentamos a la mesa y vio los precios de la carta alzó brevemente la cabeza con desaliento; yo le indiqué que no se preocupara, había algo que celebrar, así que terminó pidiendo lo mismo que yo a disgusto.

—Creo que vas a buen ritmo.

—No estoy tan segura... para empezar, tienes razón con lo del título, debería cambiarlo.

Rinko se preocupaba por todo; era parte de su carácter, junto con una extrema vehemencia a la hora de defender sus puntos de vista.

Originalmente el proyecto de Rinko iba a titularse: *Anomia y crimen — análisis del caso 105*. Hacía referencia al concepto de «anomia», acuñado por el sociólogo Émile Durkheim en su obra *El suicidio*<sup>6</sup> pero aplicado a la casuística de un asesino en serie llamado Furutani Sōkichi, cuyo caso había sido designado por la policía como el caso número 105.

Este tipo de temas no lo solían elegir las estudiantes; pero a Rinko le interesó desde el primer momento en que mencioné el

---

6 Publicada en 1897 en Francia.

caso 105 en el seminario. De hecho, esta pequeña excentricidad por su parte me llamó la atención e hizo que sintiera simpatía por ella.

Furutani mató a ocho personas entre traperos, basureros y obreros de la construcción usando una pequeña hacha. Los crímenes se produjeron en un área que se extendía desde Kyūshū hasta Kinki y, desde luego, tenían que ver con la anomia de posguerra. Entendiendo la anomia como la falta de normas o incapacidad de la estructura social de proveer a ciertos individuos de lo necesario para lograr las metas de la sociedad.

Es cierto que los crímenes se clasificaron como robos con homicidio. Furutani pedía a las víctimas que le dieran comida y cuando estas se negaban, se despertaba su ira. Pero lo crucial de los crímenes es que se produjeron durante el denominado «milagro japonés». El periodo de crecimiento económico sostenido que se dio entre los años sesenta y ochenta. Durante el cual se inició el ensanchamiento de la brecha entre pobres y ricos. Me daba la impresión de que este elemento era clave, así que se lo señalé a Rinko y le sugerí un cambio de título.

—Has hecho un buen trabajo en la exposición de las ideas. Quiero decir, en lugar de corregir el enfoque y reescribir el trabajo, cambia el título para que se ajuste al nuevo desarrollo del proyecto. ¿Qué tal *Milagro económico y crimen*? Puede que no sea una buena idea quitar la anomia del título porque claramente el caso 105 está relacionado, pero eso se verá claro una vez se empiecen a leer el trabajo.

Rinko me escuchó atentamente y se mostró aliviada. De manera que continuamos un buen rato comiendo en silencio hasta que, como si me hubiera acordado de repente, inferí:

—¿Crees que ha estado mal que no hayamos ido con Ōwada y los otros?

—Para nada... quedan todas las semanas, además...

Rinko vaciló.

—¿Además qué?

—Es que... Ōwada me ha enviado unos correos un poco raros... diciendo que quería conocerme mejor... salir conmigo... un poco demasiado insistente.

—No tenía ni idea.

Y era verdad; no me sorprende que Rinko recibiera propuestas de ese tipo, pero Ōwada no daba en absoluto la imagen de actuar así. Me había imaginado que pasaba de todo, incluso de las mujeres.

—¿Y qué le has dicho? —pregunté con una sonrisa en los labios. Era la primera vez que me atrevía a demandar sobre su relación con los hombres y muy en el fondo notaba un ligero aguijonazo que bien podría ser tomado como un principio de celos.

—A veces me parece que no sabe ni dónde tiene la cabeza. No es mi tipo en absoluto.

—Pues su familia está forrada.

—Ya lo sé. Son los dueños de un *ryōkan*<sup>7</sup> enorme en Ibaraki y él es el único hijo. Nos dijo que le daba igual no encontrar trabajo.

—Tú podrías ser la dueña de todo eso, ¿no te apetece? —se lo dije bromeando, por supuesto.

—Ni hablar. Antes preferiría hacer de secretaria florero.

—Eso es que ya tienes novio...

En mi copa no quedaba ni una gota de vino mientras que la de Rinko estaba prácticamente intacta, así que yo era el que se había vuelto más audaz.

—No —se apresuró a responder. No parecía que me estuviera mintiendo.

—¿De verdad que no?

—De verdad. Hay alguien que me gusta..., pero no me hace mucho caso.

Me hubiese gustado decirle algo, pero no me atreví. No era asunto mío. En mi fuero interno me sentía irritado por el hombre desconocido que se llevaba los favores de Rinko. Los celos estúpidos de un cuarentón. Además, ni Ōwada ni Rinko eran realmente asunto mío. En unos meses habrían terminado y estarían fuera de la universidad.

---

7 Hotel de estilo japonés.

Miré de soslayo el reloj en mi muñeca y ya llevábamos más de una hora en el restaurante. Demasiado tiempo para estar a solas con una alumna. Vivíamos en un mundo peligroso donde todo se podía malinterpretar como acoso o abuso de poder. Rinko no iba a pensar eso de mí pero nunca estaba de más tomar precauciones. Como ya habíamos terminado de comer, tomé distraídamente la cuenta y nos dirigimos a la caja.

### III.

Me despertó el incesante ruido de la lluvia. Mi mujer ya no estaba en la cama. Me acerqué a la ventana del dormitorio para mirar fuera. Los regueros de lluvia hacían que resultara casi imposible ver nada con claridad. Contemplé el despertador del cabecero, la noche anterior no había puesto la alarma. Aunque eran las once menos diez, estaba tan oscuro que no parecía que hubiera amanecido. El día anterior había vuelto a casa pasadas las once. Todavía no había empezado a llover y el cielo lucía tachonado de estrellas. Estuve trabajando en mi artículo unas tres horas. Supongo que empezó a llover cuando yo ya estaba durmiendo, antes del amanecer.

Bajé a la planta baja, al comedor, y mi mujer me saludó:

—Buenos días.

Le devolví el saludo y me senté, agarré las gafas de leer de encima de la mesa y me puse a leer el periódico de la mañana. Normalmente no uso gafas pero para leer sí; cosas de la presbicia. No llevaba ni una página leída cuando mi esposa me trajo un café y una tostada, mi desayuno de todos los días.

—¿A qué hora volviste anoche?

No teníamos hijos, por tanto entre nosotros había una relación muy igualitaria. Teníamos un acuerdo tácito para no coartar nuestra libertad; así que si pasadas las once no había vuelto a casa, mi mujer se iba a dormir sin esperarme.

—Pasadas las once.